



<http://revista-amauta.org/wp-content/uploads/2010/11/lucha-del-pueblo.jpg>

Sujeto y sociedad a partir de los análisis de Foucault sobre la relación saber-poder*

■ Por: *Luis Antonio Ramírez Zuluaga**

Resumen

A partir de los planteamientos de la relación saber-poder que Foucault introdujo en su obra, se buscará reflexionar sobre las funciones que cumple el sujeto con respecto a la sociedad; ello a través de una redefinición del poder en tanto elemento simultáneo o correlativo entre las fuerzas que pretenden llegar a una integración (una hiper-inclusión) y las potencias de desarticulación o variación presentes en las nuevas formas (subjetivas e inter-subjetivas) de resistencia.

* Artículo de reflexión desarrollado a partir de los avances de la tesis que actualmente llevo a cabo en el Doctorado en Filosofía de la Universidad de Antioquia.

** Magister en Filosofía de la Universidad Michel de Montaigne (Burdeos – Francia); profesor de cátedra del Instituto de Filosofía y de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la U de A; miembro del grupo de investigación “Cultura, Violencia y Territorio” adscrito al INER (U de A).

Palabras Clave: Relaciones de poder, resistencia, sujeto, disciplina, biopolítica, ciencias sociales y humanas.

Subject and society from Foucault's analysis of power-knowledge relationship

Abstract

In order to address the issue of “bureaucratic power” as the configuration of life in the West hemisphere in the modernity, we are going to consider Foucault’s conceptions about disciplinary and biopolitical technologies of power. In a first moment, they will lead us to present the hypothesis of a function that configures power as what becomes embedded in the framework the day by day life, and in a second proceeding, to consider the foucauldian analysis of power through the proposal of a new economy of power relationships in which it takes an active sense, as an open and multiple network of relationships that is not determined by a center or an all-embracing character.

Keywords: Power relationships, Resistance, subject, disciplinary and biopolitical technologies of power, social and human sciences.

La relación saber-poder

Para tratar de analizar las condiciones de existencia, los sistemas que rigen la formación, el funcionamiento, la institucionalización y las transformaciones de las Ciencias Sociales y Humanas, es posible recurrir al pensamiento de Michel Foucault, a sus diversos objetos de estudio y campos de intervención. Ya en el libro *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas* (1996), Foucault perfila una interpretación del punto de emergencia de disciplinas como la economía política, la lingüística, el psicoanálisis y la etnología a través del análisis del nacimiento de la figura del hombre en tanto objeto de conocimiento, mezclando o interrelacionando los discursos sobre la vida, el trabajo y el lenguaje para configurar así las premisas indispensables al desarrollo de nuevas posibilidades de conocimiento. De ese modo, se conforman, según él, diferentes saberes desde el espacio abierto por los enunciados que tratan sobre el hombre en tanto vive, trabaja y habla. Para Foucault, la vida, el trabajo y el lenguaje encuentran su correlato epistemológico en los saberes de la biología, la economía y la filología.

Tal perspectiva de análisis hace parte de lo que Foucault formula como método arqueológico y cuyo objetivo consiste en estudiar las “prácticas discursivas” en tanto “conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio” (Foucault, 2004, p. 198) que definen, a su vez, la singularidad de los enunciados que han podido ser pronunciados o escritos en una época y en un contex-

to específicos. Aquí cabe resaltar que el estudio de la singularidad espacio-temporal de los enunciados no busca remitirlos a una instancia fundadora (como la intención del sujeto que los emite, ya sea consciente o inconscientemente), sino a otros enunciados, para mostrar sus correlaciones, sus exclusiones, etc. El análisis arqueológico de una “práctica discursiva” y de sus correspondientes enunciados no se elabora a partir de algo como una “teoría del sujeto del conocimiento”; más bien preserva o afirma ese carácter anónimo del sistema de reglas que rigen el conjunto de los saberes de una época, y a partir de allí intenta detectar los cambios que afectan y ayudan a definir los conceptos, las opciones teóricas, los objetos de estudio y los procedimientos que conforman una ciencia. Es así como la formación de unas “prácticas discursivas” como las de las Ciencias Sociales y Humanas está vinculada a un conjunto de modificaciones que pueden producirse por fuera de ella (en las formas de producción y comunicación o en las relaciones sociales y políticas), o al lado de ella (en otras prácticas discursivas como la de la biología que ha sido útil para comprender los fenómenos humanos desde el estudio de lo orgánico¹), o en ella (en las técnicas para

determinar sus objetos de estudio, en la creación de sus conceptos).

Ahora bien, desde la perspectiva arqueológica de Foucault no subsiste el interés por asignar a las Ciencias Sociales y Humanas la forma estricta de una positividad (como si hubiese que quedarse enfrascado en el debate por la validez o la positividad incierta de los saberes sobre la sociedad), sino de recorrer y analizar un campo de configuración histórica que podría dar cuenta de la formación, los remanentes, las transformaciones (y en algunos casos hasta la desaparición) de algunos de sus discursos que hoy pueden ser reconocidos como científicos, o que ya no poseen tal reconocimiento, o que nunca han podido alcanzarlo, o que incluso ni han buscado tal reconocimiento; es desde este tipo de problematización que, por ejemplo, puede revisarse las particulares condiciones de existencia de saberes como el psicoanálisis y el marxismo (que justamente también han sido concebidos como “contra-saberes”).

La arqueología propuesta por Foucault consiste pues en un análisis histórico que suministra las herramientas para elaborar un estudio de las Ciencias Sociales y Humanas desde la descripción y comprensión de sus reglas de aparición y de funcionamiento, estableciendo además las relaciones de inclusión y exclusión que existen entre sus propias prácticas discursivas y con respecto a otras. La pregunta que se hace pertinente es entonces la de: ¿bajo qué condiciones ha podido emerger y funcionar un discurso como el de las Ciencias Sociales y Humanas? Pero para responder a esta pregunta no nos podríamos quedar en un análisis que sólo comprende el na-

1 Es justamente desde esta perspectiva que vincula las Ciencias Sociales y Humanas con la biología, que el filósofo de las ciencias Georges Canguilhem -sobre todo en sus obras *El conocimiento de la vida* (1976) y *Lo normal y lo patológico* (1981)- se empeña en mostrar cómo los desarrollos epistemológicos de la biología y de la medicina, en sus análisis de los tipos de actividad de lo orgánico, se articulan a una potencia de individuación y de producción de normas en la comprensión de lo social.

cimiento de dichas ciencias desde una remisión interminable entre un discurso y otro; es quizá por esta razón que, en una segunda instancia, Foucault acude al método genealógico para evidenciar que en las condiciones que han posibilitado la formación y expansión de las ciencias en cuestión ha existido también una relación con determinadas prácticas políticas de la modernidad.

Es gracias al análisis genealógico que, desde Foucault, puede concluirse que el desarrollo de las Ciencias Sociales y Humanas reside en la atención creciente de una práctica política que busca la normalización de la sociedad². Para él, tal desarrollo no se explica solamente desde la afirmación de un conocimiento del hombre y la sociedad gracias a la soberanía de una ciencia por fin alcanzada, sino que se ha debido sobre todo a la correlación que ha tenido con la voluntad de evadir toda una serie de fenómenos “patológicos” de la sociedad, y a los cuales justamente se ha revelado como necesario contraponerle la primacía de un orden normativo, de un imperativo de normalización que también se inserta en el discurso y en la praxis de las Ciencias Sociales y Humanas. Es preciso señalar que de este tipo de análisis sobre el proceso de normalización de la sociedad no se desprende una especie de reivindicación o idealización de lo anormal; se trata más bien de desarrollar una crítica a la idea de lo que es un hombre normal, cuestionando la noción misma de norma que ha confluído en la constitución de ciertos modos de pensar y de

ciertas prácticas reglamentadas y “naturalizadas”.

La genealogía permite develar el modo en que las Ciencias Sociales y Humanas se inscriben en la jerarquía del poder propio a la ciencia y a las prácticas políticas, pero a su vez también abre la posibilidad de elaborar una crítica a la forma en que tales saberes se relacionan con la producción de discursos y prácticas formales, unitarias y restrictivas; más aún, en nuestra actualidad y en nuestro contexto, donde a través del sistema universitario los múltiples saberes se han ido articulando a una plataforma institucional que afirma la primacía de la “innovación” y del “emprendimiento”, convirtiendo la actividad “científica” en algo que ya tiene un curso delimitado por el paradigma empresarial, es decir, por el “capitalismo cognitivo”.

La constitución del sujeto en las redes concomitantes y heterogéneas del poder

Tomando como referente la obra de Foucault y sus diferentes análisis sobre fenómenos políticos y sociales de los últimos cuatro siglos —signados en lo que él denomina disciplina y biopolítica—, es posible investigar acerca de la relación saber-poder en tanto elemento configurador de la sociedad moderna en Occidente. Los estudios de Foucault sobre la disciplina y la biopolítica sirven, en primera instancia, para perfilar la hipótesis de una función configurativa de la relación saber-poder que se articula a las tramas de la vida social —constituyéndose incluso como un fenómeno difuso y capilar—, y en segunda instancia, para indagar acerca de la posibilidad de una nueva perspectiva de dicha relación a

2 Ver *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (1996), en especial la tercera parte titulada “Disciplina”.

partir de la cual emerge un sentido activo de la política –y de los sujetos que la crean y la re-crean– en tanto composición variable de unas acciones sobre otras acciones, una red múltiple y abierta en la cual los sujetos están en la capacidad de elaborar el conocimiento sobre ellos mismos y desde ahí transformar su propia condición.

En el análisis que Foucault presenta de la tecnología disciplinaria del poder se puede entrever, por un lado, un proceso de automatización del poder en el que éste parece no ser ejercido por alguien en particular, pues gracias a la técnica de la vigilancia la disciplina termina funcionando como un poder que logra difuminarse en una especie de ojo anónimo y omnipresente; pero, por otro lado, la identificación, el seguimiento y la distribución del individuo que logra el poder disciplinario opera como una suspensión de la persona para que ella pueda adaptarse a un funcionamiento general. Se trata de la producción de un sujeto intercambiable, al cual los posibles rasgos particulares le son asignados desde el exterior, perdiéndose en el conjunto de relaciones en donde él no es más que una intersección momentánea. Es posible que este tipo de sujeto producido por el poder disciplinario se sienta satisfecho y completo en tanto se sabe parte de un todo, en tanto todo lo que él es se debe a la sociedad en la cual es tan solo un engranaje del buen funcionamiento; no obstante, también es posible que en medio de esta composición de identidades incluyentes, él se vea rodeado de un vacío que hace de sí mismo el drama de una nulidad.

Los mecanismos a partir de los cuales el hombre es incorporado a un conjunto de procesos que hacen de su vida algo maleable o administrable corresponden, además, a la tecnología de poder que Foucault denomina biopolítica. En la biopolítica el hombre ya no es tomado bajo el aspecto de lo individual, sino bajo la forma colectiva de la *población* en la cual él es solamente un dato entre los fenómenos globales que permiten optimizar la gestión de la vida social. Con la optimización de las condiciones de vida de una población, la biopolítica aparece como una tecnología que interviene de una manera positiva, pero en el envés de esa voluntad de hacer vivir una población se gestiona también lo que debe ser excluido o suprimido para que la población pueda vivir en seguridad y en paz; es así como al lado de ese objeto administrable (que en el desarrollo de la política contemporánea se conoce como “población”) emerge además otro grupo de hombres que son discriminados y, al mismo tiempo, indiferenciados bajo la forma anónima de un peligro que, supuestamente, amenaza la gestión y la optimización de la vida, y que por ende es necesario destruir directamente o dejar extinguirse.

Ahora bien, lo que arroja el análisis de las tecnologías de poder en cuestión es la posibilidad de entrever una acción estratégica que busca alterar o resistir a las reglas y a los efectos del funcionamiento develado; dicho de otro modo, saber cómo y en qué dirección actuar con respecto a las relaciones de poder que se ciernen sobre los individuos y las poblaciones. Por lo demás, no se debe perder de vista que Foucault no se refiere a la cuestión del poder como si

fuese una entidad compacta, estable y coercitiva. De hecho, en lugar de hablar de el “Poder”, él prefiere hablar de “relaciones de poder”, indicando con ello que no hay un centro, ni un lugar, ni una persona de donde el poder emanaría, que en realidad sólo existe como una red de relaciones históricamente determinadas, acarreado múltiples efectos: no sólo la obediencia, sino además la resistencia o la reconducción de sus fines. Las relaciones de poder no existen más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia; así, la resistencia pasa a ser pensada a la vez como algo co-extensivo y absolutamente contemporáneo a las mismas relaciones de poder³. En tanto relación, el poder provoca la redistribución de las fuerzas y el desplazamiento de las estrategias desarrolladas por los dispositivos del poder que no cesan de modificarse bajo la acción de diversos factores: multiplicidad de las relaciones de poder que no se encierra únicamente en la intención de un efecto centralizante. Esta consideración que plantea que los dispositivos de poder son modificables es correlativa al carácter activo de las relaciones de poder, comprendidas además como juegos estratégicos de la producción de saber que perfilan o calculan las maneras de intervenir o de actuar con respecto a las

3 A este respecto, ver particularmente el artículo *El sujeto y el poder*, *ob. cit.* En otros textos de Foucault también se pueden encontrar afirmaciones que van en ese mismo sentido, por ejemplo: “No existe poder sin resistencia o rebelión en potencia” (“Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política”, en: *La vida de los hombres infames*, 1990, p. 304); “Donde hay poder, hay resistencia” (cuarta parte, capítulo 2 “Método”, en la *Historia de la sexualidad, Vol. 1, La voluntad de saber*, 1998, p. 57).

acciones de los otros. Se trata de la configuración tejida por estrategias y tácticas que captan y que al mismo tiempo reactivan la relación poder-saber: una red, un espacio de relaciones donde se cruzan el consentimiento y el rechazo, y que funciona como relevos que implican no sólo la integración, sino también la variación. El poder y el saber en tanto configuraciones de la vida social se fragmentan bajo la forma de fusiones y diferenciaciones, entre la cristalización de ciertos modos de comportarse y sus posibles variaciones. La función configurativa del poder-saber se compone pues tanto por las emisiones o los dispositivos de las tecnologías de poder, como por las posibles variaciones o desplazamientos que introduce la resistencia en los espacios más o menos permeables de las redes del poder.

A las funciones normativas, normalizantes y reguladoras del saber-poder, resulta entonces necesario yuxtaponer una manera diferente de pensar la configuración de lo social: aquella que plantea la simultaneidad entre las relaciones de poder y la resistencia, dando lugar a una función activa de la política que ya no tendrá como perspectiva un objetivo unitario o centralizante del poder, sino la singularidad de lo que está en divergencia con toda pretensión totalizante e individualizante. A partir del momento en que la existencia y el ejercicio del poder aparece bajo la forma de redes concomitantes y heterogéneas, la resistencia entra paralelamente en la mecánica de una multiplicidad de líneas y puntos de variación y diferenciación que no se resume ya en un proceso de uniformización o en la lógica de un sistema en el que el ejercicio del poder se convertiría

en una estructura integral y cristalizada. La resistencia toma así nuevos sentidos: ella es asumida ahora bajo el ángulo de las luchas que tienen objetivos singulares, minoritarios, yuxtaponiéndose al “universo-bloque” de los procesos totalizantes y perfilando la cartografía de las singularidades que participan en la configuración de un mundo aditivo, variable, que no tiene ya la unidad o la totalidad como fin. Es en esta vía que hoy se expresan las prácticas políticas de los movimientos denominados “post-socialistas” cuya prioridad no es ya la integración de sus combates y reivindicaciones a una supra-organización burocrática que los englobaría y los relegaría una vez más a una jerarquización en la cual deberían pasar por un aparato que busca instituir la unidad como aquello que los legitimaría. La correlación que subsiste entre el ejercicio del poder y las formas variadas de resistencia perfila otro horizonte de lo social y de lo político en la medida en que la afluencia y la divergencia de las minorías activas emergen nuevas singularidades que corroen toda pretensión de universalidad y de individualidad. No se trata pues ya del carácter unívoco de un poder tendiente a constituir lo social desde la individualización y la totalización, sino del carácter activo y heterogéneo de acciones singulares, indefinidamente minoritarias y en ningún caso uniformes.

Poder y resistencia

Foucault comprende los mecanismos de poder como algo intrínseco a las relaciones de poder. Él busca analizarlos a partir de “lo que pueden tener de específicos en un momento dado, durante un periodo dado, en un campo determinado” (Foucault, 2006, p. 17). Según

él, su análisis de los mecanismos de poder tiene “el papel de mostrar cuáles son los efectos de saber que se producen en nuestra sociedad por obra de las luchas, los enfrentamientos, los combates que se libran en ella, así como por las tácticas de poder que son los elementos de esa lucha” (Ibíd.). Aquí se encuentran los efectos implícitos a la utilización de la herramienta genealógica, pero también se haya el nuevo papel que Foucault otorga a la práctica filosófica como postura táctica en el círculo de la lucha y la verdad, es decir, como “política de la verdad”, sin que esto deba derivar, como bien lo indica Foucault, en el hecho de hacer política. De un lado, esta “política de la verdad” se inscribe en aquel ejercicio del poder que a través de las instituciones del saber se convierte en una manera de autenticar la verdad. Por otro lado, esto se relaciona con lo que Foucault considera como “el juego de la verdad”⁴, en el cual siempre es posible “descubrir algo diferente y cambiar más o menos tal o cual regla, e incluso a veces todo el conjunto del juego de verdad” (Foucault, 1999, p. 411).

Aquí comienza en Foucault el planteamiento de lo que podemos denominar como una *nueva economía de las relaciones de poder*, que de entrada tendría un profundo vínculo con una filosofía inclinada hacia un desarrollo práctico de

4 En una entrevista denominada “La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”, Foucault define eso que él llama “juego de la verdad” como el “conjunto de procedimientos que conducen a un determinado resultado, que puede ser considerado, en función de sus principios y de sus reglas de procedimiento, como válido o no, como ganador o perdedor” (Foucault, 1999, p. 411).

la teoría. En este rol teórico-práctico de la filosofía, ella tendría que aplicarse en la crítica y en el despliegue de un contra-poder frente a los excesos de la racionalidad política⁵, así como en la intensificación de “las luchas que se desarrollan en torno al poder, las estrategias de los adversarios en el seno de las relaciones de poder, las tácticas utilizadas, los núcleos de resistencia; a condición, en resumen, de que la filosofía deje de plantearse la cuestión del poder en términos de bien o mal, y se la planteen en términos de su existencia” (Foucault, 1999, p. 117).

Ahora bien, el análisis de los mecanismos de poder estará necesariamente atravesado por ciertos imperativos que Foucault considera como “indicadores tácticos”, los cuales permitirán a quienes se encuentran al interior de una lucha específica, evidenciar *ciertos bloqueos, algunos puntos claves, algunas líneas de fuerza*. Es necesario captar la materialidad de los mecanismos de poder para que quienes se encuentran afectados por estos puedan resistir. Sin embargo, no se trata de sugerirle a la gente lo que debe creer o pensar; se trata, más bien, de mostrar “cómo han actuado los mecanismos sociales hasta el presente [...] y a partir de ahí, dejar a la gente la posibilidad de determinarse, de elegir, sabiendo todo esto, lo que quiere para su existencia” (Foucault, 2001a, Vol II, p. 1551, traducción nuestra del texto original en francés).

Es necesario precisar que en Foucault las relaciones de poder no son concebidas en sí mismas como “algo malo y de lo que haría falta liberarse” (Foucault, 1999, p. 412); no obstante, según él, ellas pueden ser peligrosas. Primero, porque pueden tornar hacia un proceso de totalización; y segundo —este es el peligro que subsiste como el catalizador y el fracaso de los mecanismos globalizantes—, porque pueden generar fisuras internas: individuos y grupos que no soportan ya una situación y que entonces buscan producir —a veces incluso inconscientemente— una transformación a partir de sus actitudes y de sus luchas concretas.

Aunque los mecanismos de poder se muestren como estrategias (de vigilancia o de control, por ejemplo) para configurar las diferentes relaciones de poder, lo que es determinante en las relaciones de poder, es que éstas no están completamente determinadas o gobernadas. Incluso los mecanismos no cesan de modificarse mediante la acción de variados factores implícitos en la multiplicidad de la resistencia que no se queda en la intención o en la esperanza de un supuesto efecto global del cual quisiera apropiarse un poder.

Si bien hay efectos calculados por los mecanismos de poder, estos efectos pueden terminar sin embargo en algo inesperado, pues las relaciones de poder, en su carácter activo, permiten que las fuerzas se redistribuyan y que las intensiones de los

5 Luego de las teorías económicas de Marx que tenían por objeto específico la producción y la distribución de las riquezas para responder así a los problemas de la pobreza y la miseria en el siglo XIX, según Foucault, habría que pensar en otra economía que se dirigiría ya hacia el asunto de las relaciones de poder para responder ya a los excesos del poder aparecidos en el siglo XX. Con relación a ello, ver el texto de Foucault titulado *El sujeto y el poder* (1991, p. 54-55).

mecanismos de poder sean modificadas. Al planteamiento de la posibilidad de modificar los efectos de los mecanismos de poder, le es común el sentido inestable y peligroso de las relaciones de poder. El peligro de las relaciones de poder reside en su carácter activo: estructura siempre cambiante de una acción sobre otra acción, relación perpetua de las fuerzas que se redistribuyen sin cesar. Es al interior de esta perpetua redistribución que se encuentra y se despliega *la nueva economía de las relaciones de poder*. El análisis que parte de esta nueva economía del poder se forja como el esbozo de los desfases, las diferenciaciones y las transformaciones incesantes, pero que se dan siempre al interior de una lucha específica. En esta perspectiva, es la resistencia la que introduce siempre los nuevos desplazamientos, aunque nunca se pueda establecer el efecto o los efectos que se desprendan de ella.

Las luchas concretas producen nuevas aperturas, nuevos movimientos materiales que cambian las cosas (¡y la gente!); pero estos cambios no estarían buscando de entrada su transposición a un mecanismo global de poder. Aunque la lucha deba siempre continuar, toda lucha tiene un término, un límite. En este sentido, siempre será necesario dar una especificidad a la resistencia. A una visión revolucionaria que pretendería cambiarlo todo, se le yuxtapone una posición más próxima y cotidiana que buscaría modificar una situación concreta, demostrando que un sistema globalizante no lo ha ganado todo. Ningún poder es capaz de hacer imposible cualquier sublevación; el poder es el que está cogido en la trampa por las escapatórias que él conlleva, como se ha advertido ya, las relaciones de poder no existen más que

en función de una multiplicidad de puntos de resistencia. La resistencia es una fisura del poder, que forma individuos y relaciones que pueden alterar cualquier consigna general.

La nueva economía de las relaciones de poder implica un modo de investigación que “consiste en tomar como punto de partida, las formas de resistencia contra diferentes tipos de poder” (Foucault, 1991, p. 57). Esta nueva economía acarrea entonces la incorporación de nuevas luchas locales que puedan cuestionar y poner nuevamente en juego “la economía general del conjunto”. Se trata de intensificar las luchas que hay al interior de las relaciones de poder, de pensarlas y plantearla en términos de la eficacia de las estrategias concretas que no buscan un centro o un modo global de dominación. La resistencia actúa más bien del lado de la intensificación, la proliferación, la yuxtaposición de otros modos de ser. La resistencia se da bajo el ángulo del ejercicio de un poder que no tendría fines globales (de revolución o de liberación definitiva), sino objetivos locales, concretos, que harían de la libertad un acto siempre actualizable y redefinible⁶.

El sujeto

Foucault no pretende establecer un equilibrio entre el pro y el contra del poder

6 Si desde el siglo XIX se han desarrollado esquemas que promulgan una “subjetividad revolucionaria” en la que los individuos han estado dispuestos a convertirse a la revolución, se podría decir con Foucault que “los grandes convertidos del presente son aquellos que no creen ya en la revolución” (Foucault, 2001b, p. 206-207)

—como si prefiriera un poder más sutil; en cambio, sí pretende dar una nueva movilidad a las relaciones de poder para promover nuevas estrategias que no se encerrarían en una dualidad fatalista. Se trata de reconocer que “todos somos, no solamente el blanco de un poder, sino también el relevo o el punto de donde emana cierto poder” (Droit, Roger-Pol, 2004, p. 129, traducción nuestra del texto original en francés). Si el sujeto es el relevo, el engranaje por el que pasa el poder, él (el sujeto), en su relación consigo mismo, puede transformar lo que él vehicula y lo que es él mismo⁷. En el sujeto se encuentra un *topos* del poder; no porque él le pertenece, sino porque él es el engranaje y el sitio de donde una transformación puede emanar.

Si el análisis de las relaciones de poder comprendidas al interior de los mecanismos de poder implica la posibilidad de la *resistencia*, en el momento en que Foucault se ocupa de los análisis de las relaciones del sujeto consigo mismo, la condición co-extensiva a estos cuestionamientos es la de la *transformación*. Dicho de otro modo, si la palabra “resistencia” aparece en Foucault sobre todo en una época en la que se preguntaba a propósito de las luchas contra los efectos múltiples y específicos del poder, la palabra “transformación”, presente en su posterior cuestionamiento sobre el cuidado de sí mismo, obedecerá ya a la

7 Al respecto, Foucault dice: “No se trata de anteponer el cuidado de los otros al cuidado de sí; el cuidado de sí es éticamente lo primordial, en la medida en que la relación consigo mismo es ontológicamente la primera... el poder sobre sí es el que va a regular el poder sobre los otros” (Foucault, 1999, p. 400-401.)

reformulación de una lucha contra las sujeciones identitarias, a las cuales respondería la afirmación de una “identidad estratégica” que redefiniría y permitiría llevar la más consistente y concreta de las luchas: una vida que resiste. Aunque el asunto político de las relaciones de poder en el campo ético del cuidado de sí tal vez no tendría un vínculo directo con la “resistencia”, esta “actitud” conllevaría a la posibilidad de “un hecho político tan consistente como sea posible” (Foucault, 2001a, Vol II, p. 1407, traducción nuestra del texto original en francés). El trabajo sobre sí mismo termina entonces implicando la resistencia de una vida frente a aquel poder que ha tomado la vida misma como fin; “la vida deviene resistencia al poder cuando el poder toma por objeto la vida”, nos dice Deleuze (1987, p. 122). La ética del cuidado de sí no es pues más que el poder que tiene el sujeto de transformarse.

Si del lado del poder se busca una sujeción (producir un sujeto), del lado del sujeto se pretendería una “subjetivación”. De este modo, la libertad que reivindicaría el sujeto desde su subjetivación no es el mero hecho de desprenderse o liberarse, sino de elegir aquello a lo cual él quiere sujetarse (es tal vez en este sentido que se puede hablar en Foucault de una identidad estratégica, identidad que se determinaría como el punto estratégico para llevar una lucha). La racionalidad de la política del gobierno de los otros se yuxtapone a la ética del gobierno de sí que no sólo buscaría los medios para una “libre sujeción”, sino también las posibilidades de transformación o de reconducción de las emisiones globalizantes del gobierno de los otros.

Apéndice: una ficción

¿Acaso una nueva economía de las relaciones de poder sólo pretendería considerar que no hay relaciones de poder sin que estas impliquen resistencias? ¿Se está siempre al interior del poder? ¿El poder es acaso un principio ineludible de la realidad? ¿O acaso tiene que ver con el dominio de la ficción? «El poder no existe» dice Foucault, sólo existen relaciones de poder que se manifiestan en términos de eficacia. El poder no es más que un instrumento estratégico que busca configurar la vida de los individuos y de las poblaciones, pero en todo caso, él no es la esencia de la realidad, que él pretendería fabricar, pero que siempre está a punto de salirse de las manos. Él es la posibilidad -pensada siempre en términos de estrategia y eficacia- de formular y configurar algo que terminará por escapársele. El juego obsesivo del poder es llevado por la sospecha de que hay algo que se le escapa, que le resiste. La ficción (como la posibilidad misma de resistir) no pertenece al afuera del poder, sino a su localización, a su evidencia. La ficción, como la resistencia, es también una estrategia precisa, que no yerra nunca “fuera de”, sino que yerra en la multiplicidad de las formas de resistir. La ficción funciona entonces – como bien lo señala Foucault- al interior de los juegos del poder en la búsqueda de una verdad. En Foucault, la ficción es una estrategia que no es exclusiva de la literatura o del arte en general, ella es la posibilidad de actuar al interior de los juegos de verdad y de poder para alterar la historia y dejar un campo abierto a nuevos modos de relación. La relación es siempre algo posible (inminente). Las relaciones de poder pasan por la inminencia que viene de cualquier lado y de

cualquiera, campo abierto de todo encuentro, de todos los nuevos tipos de relación. La cuestión implícita a la ficción es la de “¿A qué estamos jugando?” “¿Acaso podemos inventar otro juego?” Este juego incesante alberga la comprensión de las relaciones de poder en Foucault: no se puede resistir al poder dejando las mismas relaciones que él ha promovido; es necesario transformar (incluso “a niveles microscópicos”) las relaciones de poder, de tal modo que, en el caso de que hubiese “una revolución político-económica, no nos encontremos después con las mismas relaciones de poder que tenemos ahora” (Foucault, 2001a, Vol II, p. 1511, traducción nuestra del texto original en francés).

“Antes que hacer valer los derechos fundamentales y naturales de los individuos, debemos tratar de imaginar y de crear un nuevo derecho relacional que permitiría que todos los tipos posibles de relación puedan existir y no sean impedidos, bloqueados o anulados por instituciones relacionalmente empobrecedoras”

(Foucault, 2001a, Vol II, p. 1129, traducción nuestra del texto original en francés).

Bibliografía

- Canguilhem, Georges. (1976). *El conocimiento de la vida*. España: Anagrama.
- _____. (1981). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI editores.
- Droit, Roger-Pol. (2004). *Michel Foucault, entretiens*. Paris : Editions Odile Jacob.
- Deleuze, Gilles. (1987). *Foucault*. España: Paidós.

- Foucault, Michel. (2004). *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- _____. *Dits et écrits*. (2001a). Edición en 2 volúmenes, Francia: Gallimard.
- _____. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- _____. (2001b). *Hermenéutica del sujeto: curso en el collège de France (1981-1982)*. Argentina: Fondo de cultura económica.
- _____. (1998). *Historia de la sexualidad Vol. 1 La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- _____. (1996a). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Bogotá: Siglo XXI.
- _____. (2006) *Seguridad, territorio, población: curso en el collège de France (1977-1978)*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1991). *El Sujeto y el poder*. Bogotá: Ediciones Carpe Diem.
- _____. (1990). *La vida de los hombres infames: ensayos sobre desviación y dominación*. España: La Piqueta.
- _____. (1996b). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: D.F.: Siglo XXI.